

Primates, etogénesis, el jardín de las delicias e inicios de la cultura

Reseña crítica del libro: Frans de Waal (2015).

El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética entre los primates. Barcelona: Tusquets [Booket-Ciencia, Metatemas]

Hilario Topete Lara*

Hace más de una década que he expresado a mis alumnos de antropología la necesidad de una formación ético-antropológica, antes de emprender el trabajo de campo y el proceso de información en gabinete y, por supuesto, de las publicaciones. La primera vez que lo hice fue en una clase de Procesos de Hominización y Orígenes de la Civilización. En aquel momento, ante la pregunta hecha por un estudiante acerca del origen de la cultura, sin pensarlo mucho expresé la siguiente idea: “Las claves están en nuestra animalidad y en el conjunto de procesos que llevan al lenguaje sígnico-simbólico, que se cristalizó en normas” (la ética se había involucrado). Esto me obligó a pensar el tema durante algún tiempo y a profundizar más en el comportamiento animal. Durante este proceso procuré no dejarme atrapar por la sociobiología ni por la primatología comparada, pero sin desdeñar sus indagaciones.

Releí a Desmond Morris, a Konrad Lorenz y a Stephen Jay Gould, entre otros. Buscaba claves y con ellos tuve indicios cada vez más promisorios. Empecé a configurar algunas ideas, como la de que la sociedad sólo podía levantarse sobre el gregarismo; que las prohibiciones tenían una base biológica, fundamentada en la necesidad de evitar los peligros a los críos y al grupo; que compartir alimentos rendía mejores frutos que la conducta altamente individualista, que la preocupación de los animales gregarios por aquellos que se encuentran disminuidos bien podía estar detrás de la amistad y/o la compasión, que la prohibición de las cópulas entre hermanos o entre padres e hijas estaría vinculada a los cambios de hembras de grupo a grupo y —entre otras ideas más— que el fortalecimiento de las conductas que coadyuvan a la supervivencia del grupo a la vez terminarían por crear verdaderas normas sociales. Sospechaba que mecanismos, conductas y procesos adaptativos podrían ser la base —en determinado estadio evolutivo y bajo condiciones específicas— de las conductas sujetas a normas. De hecho, bromeaba mucho con la

* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) (topetelarah@yahoo.com).

idea de que la primera norma entre los antropoides estaba asociada al grito y al gesto que indicaban “¡No!”, con el cual podía salvarse la vida de un crío en peligro. Así, la emoción y la prohibición no tenían que ver con un sello negativo, sino con otro altamente positivo.

En el camino aprendí con Dunbar (2007) sobre la enorme utilidad de la aparición del lenguaje y su poder cohesionante mediante arrullos, sonidos placenteros, que devienen en producción endorfinica y —sobre todo— citocínica, y en su poder cohesionante a través de la comunión de signos y símbolos. Los dos extremos estaban puestos, pero no el puente. En efecto, el comportamiento animal, enteramente animal, estaba allí y, en el otro extremo, la norma: faltaban los procesos. Por supuesto, se requería de algo más que responsabilizar a las áreas de Broca y de Wernicke, a los frontales y prefrontales, de elaborar y pronunciar palabras mediante el control de mandíbula, lengua, glotis, laringe y respiración, y con ellas transmitir algo más que el significante en secuencias fonéticas articuladas: se requería la producción de significado. A partir de estos elementos y procesos, bastaría simplemente aducir que la mente se encargaba de los procesos, pero un argumento así resultaría muy débil. Encontré en la lectura de Antonio Damasio la pieza faltante del rompecabezas. No basta la mente, considerada desde una visión abstracta. Se requiere una mente consciente; pero más todavía, de una mente consciente creadora de cultura; es decir, de una mente creadora de significaciones, signos y símbolos. En efecto, y a guisa de ejemplo, cuando se es gregario y se comparten alimentos y el comportamiento es útil para la supervivencia, se tiene la posibilidad de un lenguaje fonético y se produce conciencia de la utilidad del comportamiento, y de la necesaria elusividad hacia aquello que es atentatorio o va en sentido contrario a la supervivencia y al bienestar. Con ello están dadas las condiciones para generar el significado de generosidad. El resto está en estimular la conducta asociada al signo lingüístico para referirlo y desestimular cualquier conducta que pone en peligro la vida —o la seguridad— de uno o de todos los miembros del grupo. Tal podría ser el origen de algunas normas de un sector de la cultura. Esto es tan cierto —propongo— como que las “reglas” de la sociabilidad son simplemente enunciados que emergen del comportamiento gregario, útil para la supervivencia, como una manera de confirmar y/o reforzar comportamientos que maximizan —en un plano consciente— la supervivencia misma.

Este proemio analítico viene muy a modo, porque recién he concluido la lectura de *El bonobo y los diez mandamientos*, libro cuya autoría es de Frans de Waal.

De Waal es un primatólogo conspicuo, entre los más destacados en lo que ha transcurrido del siglo XXI. Entre sus estudiados se encuentran macacos, chimpancés y bonobos. De ellos le ha interesado la inteligencia manifiesta en procesos mentales y, particularmente, la inteligencia social. Su labor de divulgación, además, se ha magnificado con la difusión de sus resultados, como ha hecho ya en otros libros (Waal, 2016). Además de investigador es un erudito y ensayista cuya osadía parece no tener límites, como lo prueba el libro que ahora reseñamos. Pero, ¿qué tiene este texto de peculiar y cómo se ajusta a los comentarios iniciales de este escrito? Veamos.

El libro ha llegado en un momento en el que la absoluta certeza de que el hombre es el único animal inteligente es una idea poco compartida por el común de las personas. Simios, delfines y córdidos que resuelven problemas, forman parte del retablo de sorpresas que los etólogos nos han brindado como prueba de inteligencias alternas a la humana. Se trata de un momento en el que casi ningún académico o estudioso discutiría que mamíferos y aves, así como otros animales, muestran ira, tristeza, miedo y empatía. En el más controvertido de los casos, es un tiempo en que las nociones de animalidad y cultura parecen no tener barreras tan firmes como se creía hasta la primera mitad del siglo xx. Y todo conforma un nuevo escenario que se modifica con el aumento de simpatizantes proclives a no escamotear más la inteligencia y la capacidad emocional a diversos animales e, incluso, a reconocer lo que otros llaman cultura y personalmente prefiero denominar —siguiendo a Sabater— *protocultura* (Sabater, 1992; Topete, 2008a, 2008b).

Para ofrecernos un ensayo en torno de la evidencia de ética entre los animales, el también psicólogo y biólogo holandés ha aprovechado su larga experiencia de trabajo con el comportamiento bonobo y chimpancé, su conocimiento de la ética de los neoteos y —como creyente— de la ética subyacente en los diez mandamientos; finalmente, ha cerrado el triángulo a partir de elementos retomados de *El jardín de las delicias*, de Hieronymus Bosch, *el Bosco*. Los temas del ateísmo y de la ética de los neoteístas poseen, al igual como el comportamiento bonobo, una amplia transversalidad al interior del texto. Por supuesto, existen temas que son ampliamente debatidos, como —entre otros— el supuesto origen divino de los diez mandamientos y —en general— de la ética dictada desde la religión; las tesis del imperativo categórico y de la *eudaimonía*, igualmente cuestionables a su parecer; y la improductiva empresa de los ateos por demostrar nula científicidad de las verdades divinas. Veamos.

Los bonobos, animales “sexosos por naturaleza” [anticipan muchas dificultades y/o las resuelven con acicalamientos (*grooming*) y encuentros sexuales genitales, manuales y orales], poseen una indiscutible inteligencia, manifiestan emociones, sentimientos y comportamiento moral, al igual que los chimpancés. Lo cual —dice De Waal (2015)— les permite ser solidarios, generosos, valorar la convivencia, la vida misma. Al respecto, los ejemplos abundan y ello permite la certeza de que poseen cierta moralidad, afirma el autor.

Justo en este punto es donde aparece una de mis discrepancias con el etólogo: lo que considera como “moralidad” es sólo el sedimento etológico (una indisoluble fusión entre componentes instintivos, que se basa en un indiscutible valor biológico y componentes inteligentes) con el —y sobre el— que una mente consciente puede elaborar un segmento de la cultura. Debo puntualizar que lo anterior resta ningún mérito a su aporte. Y agrego: la supervivencia requiere de un estado de homeostasis óptimo entre lo que un ser vivo requiere, lo que adquiere y lo que metaboliza. Ese estado óptimo en animales con cerebro que siguieron la ruta evolutiva del sí mismo muestra conciencia, ya que “los parámetros asociados con un intervalo homeostático se corresponden, en niveles conscientes de procesamiento, a las experiencias de placer y dolor.

Con posterioridad, cuando los cerebros son capaces de utilizar (producir) el lenguaje, es posible asignar a aquellas experiencias marcas lingüísticas concretas y llamarlas por sus nombres: placer, bienestar, malestar, dolor” (Damasio, 2010: 87-88). Es decir, en animales con conciencia productora de protocultura y/o de cultura, la creación de asociaciones y atribuciones complicadas devino en algo más que palabras y conceptos, para erigirse como categorías con contenidos elaborados a partir de múltiples fabricaciones de la mente, cuyo resultado, entre otros más, se tradujo en valores y símbolos. Pero regresaré a De Waal.

El autor encuentra una coincidencia entre el comportamiento ético observado en otros animales y las normas morales que la religión —incluida la practicada por él— ha sacralizado. Así, la coincidencia en los preceptos morales no aparece como copia ni como plagio, sino como una derivada cuasinatural. Sin embargo, su pensamiento no es lineal, porque apenas lo insinúa. Luego se dirige a un grupo de control: los neoateos.

Pero, ¿para qué le sirve esa estrategia metodológica? El propósito es tan elemental como efectivo: si el comportamiento que se vincula con procesos homeostáticos y de supervivencia prueba que las normas que hoy aparecen en la religión son coincidentes, bien podría deducirse que no fueron creadas por Dios, sino por los hombres, que las normas fueron primero humanas y luego religiosas. Pero serían prematuras las deducciones, porque aún pervive una pregunta más: ¿los ateos operarían de manera diferente? La respuesta es “no”. De Waal se apoya en estudios estadísticos para mostrar que la moral de los ateos coincide y en ocasiones excede —en términos de peso y recurrencia a valores— al comportamiento promedio.

¿Qué puede deducirse de ello? Que el comportamiento moral ancla más en el comportamiento instintivo, animal. Que el comportamiento moral que lleva a la buena convivencia, a la útil convivencia, al bienestar, está en nuestros genes compartidos. De hecho, el autor literalmente expresa: “La moralidad surgió antes, y la religión moderna se la apropió. En vez de darnos la ley moral, las grandes religiones se inventaron para reforzarla” (Waal, 2016: 248). Esto coincide con lo que sugería tiempo atrás, en el sentido de que las normas, cimentadas en valores que, a su vez tienen correspondencia inicial (y sólo inicial) con el valor biológico, bien podrían originarse en la toma de conciencia de la utilidad de un comportamiento previo, no razonado, pero útil —o necesario— para sobrevivir de la mejor manera. Para ello se requeriría una conciencia capaz de conceptualizar, de transmitir mediante códigos lingüísticos y mecanismos de representación y decodificación. En grupos pequeños, la vigilancia y exigencia del comportamiento normado garantizaría, como ocurrió, la conducta adecuada.

Un planteamiento así, lejos de atentar contra las creencias religiosas, terminaría por establecer el necesario conocimiento paralelo de la ciencia y de la religión. La primera no tendría por qué preocuparse por la cientificidad de la religión, y al menos en este tema debería abocarse más a la demostración de los comportamientos útiles y “buenos”, así como de sus antecedentes. La segunda históricamente se ha convertido en la reproductora de normas que han demostrado su

utilidad, tanta que el humanismo más ateo tendría que abreviar más en el comportamiento animal y normar como si se tratase de una nueva religión.

Pero la ética religiosa que discute, no es la única posible. El mundo actual también tiene seguidores y practicantes del imperativo categórico kantiano,¹ de la ética eudaimonía y de la ética pragmática. Ninguna convence a De Waal, en tanto que presuponen una igualdad de los seres humanos en todos los sentidos (Waal, 2016: 194-196) y una gran dosis de egoísmo. En cualquier caso, se trate de pragmatismo, de kantismo, de humanismo o de religión, la ética primate les antecedió; y no le falta razón. Pero, ¿y qué tiene que ver el Bosco en todo esto?

El pensamiento cartesiano utilizó la guillotina racional para cercenar la unidad del cuerpo y la mente (razón). Baruch Spinoza, heredero del cartesianismo, reaccionó muy pronto para restaurar su unidad y destacar la importancia de las emociones en el comportamiento humano. Pues bien, así como Antonio Damasio (que dedicó un ensayo a Spinoza) viajó a los sitios por donde caminó, habitó, vivió y pensó Spinoza para entender su pensamiento (Damasio, 2005), De Waal viajó al Museo Nacional del Prado para contemplar la versión original de *El jardín de las delicias*, obra pictórica de Hieronymus Bosch, *el Bosco*, que se considera fuera de época por su luminosidad y el aparente surrealismo anticipado que la caracterizan. Pero hay mucho más: la abundancia de desnudos y de formas múltiples de bienestar y goce que alternan con seres y personajes fantásticos permiten a De Waal ires y venires, llevando de la mano el comportamiento placentero humano sin la presencia de Dios (en los lienzos segundo y tercero del tríptico), como ocurrió en la línea evolutiva, y le dan pábulo para reiterar que las normas que prohíben-permiten las emociones y sensaciones agradables pervivieron por milenios antes de la aparición de las religiones. Hacia el final de la obra, De Waal nos confirma la certeza que bordó a lo largo de más de dos centenares de páginas: “La moralidad surgió antes, y la religión moderna se la apropió. En vez de darnos la ley moral, las grandes religiones se inventaron para reforzarla” (Waal, 2016: 248).

1. A propósito, De Waal no refiere al imperativo categórico de Kant, sino a una idea mucho más general: la razón pura (Waal, 2016: 183).

Bibliografía

- Damasio, Antonio (2005). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Crítica.
- _____ (2010). *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* Barcelona: Destino [Imago Mundi, 182].
- Dunbar, Robin (2007). *La odisea de la humanidad. Una historia de la evolución del hombre*. Barcelona: Crítica.
- Morris, Desmond (1972). *El mono desnudo: un estudio del animal humano*. Barcelona: Plaza & Janés [Rotativa].
- _____ (1976). *El zoo humano* (7.ª ed.). Barcelona: Plaza & Janés [Rotativa].
- Sabater, Jordi (1992). *El chimpancé y los orígenes de la cultura* (3.ª ed. corr. aum.). Barcelona: Anthropos.
- Topete, Hilario (2008a). "Protocultura en el traspatio". *Diario de Campo* (98), pp. 59-69.
- _____ (2008b). "Hominización, humanización, cultura". *Contribuciones desde Coatepec* (15), pp. 127-155.
- Waal, Frans de (2015). *El bonobo y los diez mandamientos*. Barcelona: Tusquets [Booket-Ciencia, Metatemas].
- _____ (2016). *¿Tenemos suficiente inteligencia para entender la inteligencia de los animales?* Barcelona: Tusquets [Metatemas].